

Por la autora de *Ni tú Romeo, ni yo Julieta*

SYLVIA MARX

Tú dale samba,
y yo...
rock and roll



Índice

Portada

Primera parte. Él es puro tango

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 3

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte. Tú eres samba

Capítulo 10

May

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Tercera parte. Y yo... rock and roll

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31... de diciembre

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Primera parte

Él es puro tango

Prólogo

May

Ojalá me pase algo gordo, muy gordo, gordísimo. Entonces sí que se va a enterar el muy imbécil. Que sufra...

Ahora mismo parezco un tigre enjaulado, sin parar de dar vueltas en mi habitación, con ganas de meterle un bocado a alguien en la yugular. Me toco la frente, la noto caliente, pero es que estoy sudando a mares.

Joder, cómo me gustaría liarme a patadas con lo que sea, o estrellar el puto móvil en la pared y que se hiciera añicos. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Pero no lo hago, porque soy débil y una cobardica.

«May, cobarde, gallina, capitán de la sardina...»

Con la mano en el pecho, me doy cuenta de que el corazón me va a mil. Por su culpa. Debería tomarme las pulsaciones, esto podría pasarme factura. No me gustaría palmarla ahora, aún no.

Lo odio. Ya está. ¿No dicen que del amor al odio hay un paso? Pues yo ya lo he dado: lo odio.

Tiro mi viejo Samsung sobre la cama y rebota en el edredón, entre los pantalones y el bolso. Dos lágrimas descienden por fin por mis mejillas, bajan como si tuvieran prisa, quemándome la piel a su paso.

Un vaso de agua —me digo—, eso creo que relaja.

Voy a la cocina, abro el grifo y la dejo correr..., pero, en lugar de beber, me la echo por la cara; eso me sienta realmente bien.

Es curioso, dependiendo de mi estado de ánimo, todo cambia. Estoy en el mismo lugar de siempre, pero esta cocina, tan alegre, tan moderna..., ahora me parece distinta, un auténtico antro. Paso la mano por la encimera, donde tantas veces nos hemos reído mientras cocinábamos. Me vuelvo y observo la isleta sobre la que el primer día que me instalé aquí, en su casa, me subió en volandas porque una de sus fantasías era que lo hiciéramos... Es mejor no seguir por ahí —me digo—, o acabaré más hecha polvo aún.

Al levantar la vista descubro una esquina del paquete de Nobel que yo misma escondí al fondo, encima de la campana extractora y detrás de unos botecillos de especias. La tentación es grande, y yo... demasiado débil, supongo, porque ya había dejado de fumar.

Me pongo de puntillas y lo alcanzo, y al tacto compruebo que está a medias. ¿Qué más da? Es una emergencia, ¿no? Por uno... no pasa nada. Y, decidida, al sentarme, oigo el maullido lastimero de *Miau*, que salta de la silla y sale de estampida hacia el pasillo.

Vale, tranquilízate, May. Si no contesta, puede que haya una explicación. Sé que es un pobre intento de autoconvencerme, a pesar de que, con mis propios ojos, he visto que antes estaba en línea, además del doble *check* azul de WhatsApp. Pero lo peor no es eso, lo más grave es que me haya rechazado la llamada. ¿Eso tiene alguna explicación? Desde esta mañana, durante todo el puto día, ¿no ha tenido tiempo, ni un segundo para mí? Y ¿aún estoy pensando que puede tener una explicación? ¿O es que encima trato de justificarlo?

No, no, está claro: no se le ha pasado el cabreo. A mí tampoco. Con lo dura que parezco a veces, luego resulta que soy como la plastilina..., blanda y maleable.

¿Cómo no voy a cabrearme? Vale, es cierto que he dicho cosas que no debería y que últimamente me cuesta controlarme..., pero, aun así, sabía que hoy era el día clave, el día que me dirían si estaba contratada o no. Y hay que darse una tregua, aun estando «en guerra», ¿no?

No dejo de recordar todo lo que me hace daño. Esto ya es lo último: ¿cómo puede ser tan cínico, tan caradura para rechazar mi llamada? Pero no lo odio, mentira. ¡Ojalá lo odiase! Ése es mi problema: que lo quiero, no sé si con la misma intensidad después de todo esto, pero si de algo estoy segura es de que lo sigo queriendo.

No puedo evitar que se me empañen los ojos, y eso que yo no soy llorona por naturaleza. Me siento fatal, no sé si empiezo a arrepentirme de todo lo que le dije, aunque se lo merecía. Lo peor es que él, el muy cabrón, igual está tan tranquilo y no se da cuenta de cómo me siento. A ver si en realidad es que ya pasa de todo... ¿También de mí? Y ¿desde cuándo?

Ese nudo en la garganta me deja sin respiración y me provoco yo misma el llanto. Necesito desahogarme, así que hundo la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, al tiempo que entre dientes me repito llorando que no puedo más. ¡Qué pena me puedo llegar a dar!

Pasan unos segundos, o unos minutos, un tiempo impreciso, hasta que voy levantando muy despacio la barbilla mojada. ¡Qué asco! Con las palmas de las manos, me retiro las lágrimas y cojo aire de nuevo.

Una calada profunda me raspa la garganta. Llevo cinco meses sin fumar. Y ¿qué si me mareo? Pues, si me mareo, mejor, como si me caigo desmayada y me encuentran aquí mismo inconsciente o medio muerta con la cara blanca, la lengua fuera, llena de espumarajos... No, de eso nada. Tampoco nos pasemos...

De hecho, últimamente pienso en cosas que..., no sé, me vienen ideas tan locas a la mente como que se merecería un susto gordísimo, preocuparse, pero de verdad, por algo que pueda ocurrirme. ¿Eso es normal? ¿O acaso soy un monstruo por querer que sufra? Se me ocurre, por ejemplo, que si Tony volviese a casa del trabajo y no me encontrase, si pasaran las horas sin dar señales de vida..., quizá se le pondrían por corbata. ¿Qué se le pasaría por la cabeza? ¿Que todo esto es por su culpa?

O imaginemos que vinieran dos polis y le metieran un buen susto en el cuerpo porque he tenido un grave accidente o algo..., pero que no fuese tan grave, claro. A ver, ¡que tampoco soy imbécil! ¡No quiero retorcerme de dolor, ni matarme, ni que me amputen una pierna, ni un dedo...! ¡Nada de sufrir!

«Eso es —pienso con sensación de triunfo—, tengo que hacer algo para que sufra él y no yo, para que se dé cuenta de que me echa de menos. Pero ¿el qué? ¿Tan desesperada estoy porque mi novio vuelva a conquistarme?»

¡Para, un segundo...! ¿O es al revés, que la que trata de reconquistarlo soy yo? Hace unos meses todo era distinto.

En medio de mi locura, me siento frente al ordenador muy digna. Entorno los ojos ceremoniosa y pongo las manos en el teclado como si estuviese a punto de interpretar al piano una pieza de Mozart.

—Por favor, maestro YouTube —digo mientras tecleo—, busquemos para mí la música más triste..., la más lacrimógena de la historia. —Y me respondo a mí misma con otro tono—: Señorita, ¿le parece *La vie en rose*^[1] suficientemente desgarradora? Le aseguro que puede recordarle tiempos mejores en la voz inconfundible de Edith Piaf y que le hará sentir más a fondo su fracaso... Además, se la puedo servir con traducción simultánea en español, en YouTube, para sufrir más a gusto.

Hablo sola mientras una mujer francesa en blanco y negro se desgañita en mi pantalla al tiempo que yo voy leyendo la letra:

*Quando él me toma en sus brazos,
me habla en voz baja,
yo veo la vida en rosa.*

*Me recita palabras de amor,
palabras de cada día,
y me hace sentir algo...*

¡Ja, palabras de amor me recita, dice!

Esto casi me mataría de risa..., de no estar ahora mismo con un cabreo monumental.

—Maestro, por favor..., déjelo ya, ¿no ve que es patético?

Decido poner de nuevo la radio y dejarme de coñas. Nada de música. Así, bajito, mientras yo sigo pensando en lo mío, que me cuenten lo mal que está el mundo: corrupción, atentados, cambio climático, guerras... Nada nuevo que me saque de mi tragedia personal.

No debería haberme precipitado, pero ya está hecho y la convivencia nos ha pasado factura definitivamente.

Doy otra calada, ahora el asqueroso cigarrillo ya no me sabe tan mal. Estoy hecha un lío, así no se puede pensar claro, con este follón en mi cabeza.

Bueno, quizá ahora que empiezo a trabajar no estaré tan... accesible. De hecho, se va a cagar, eso es. ¡Se va a cagar! Habrá días que seré yo la que no conteste a sus mensajes o llegue tarde a casa porque me quede con una visita. Y ahora que estoy lanzada barajando mil formas de que piense que puede perderme si no hace algo urgentemente, reconozco que encuentro algo de consuelo porque puede que...

El timbre de la puerta me sobresalta. Mal momento.

—Pero ¿quién coño llama a las cuatro y media de la tarde?

Apago el cigarrillo bajo el grifo y lo tiro al cubo de la basura con rabia y una pizca de culpabilidad. El timbrado acaba de devolverme a la realidad de sopetón, y soy consciente de nuevo de que he roto mi promesa de no fumar. Avanzo por el pasillo tratando de recomponer mi aspecto, ahucándome el pelo y asegurándome de que no queda ni una prueba de que he estado llorando.

Lo que menos necesito ahora es a un par de trajeados coñazos que vengan a convencerme de que me suscriba a Círculo de Lectores o de que lea la Biblia para encontrar la salvación de mi alma...

¡Que me dejen sufrir tranquila, por lo menos! ¡Que me dejen masticar mi triste agonía!

Abro de par en par, con la intención de darle una patada en el culo a quienquiera que sea que se atreve a molestar.

—¡Nico! Pero ¿qué...?

—Puedo pasar, ¿verdad?

Es obvio que no espera respuesta. Yo me pongo de puntillas y me da un beso rápido en la cabeza para no agacharse.

Éste es mi hermano, con el dichoso collarín que le pusieron hace una semana por el accidente.

Nico avanza por el pasillo con esos andares tan peculiares, tan suyos, y llega a la cocina de dos zancadas. Muy resuelto, abre la nevera para cogerse una cerveza.

—No tienes Ambar, ¿no? —y se abre una lata de Heineken.

Me cruzo de brazos, apoyada en el marco de la puerta.

—Bueno, ¿cuándo te lo quitan? —pregunto señalando su cuello.

Después de beber tranquilamente un buen trago, se toma su tiempo en contestar.

—Supongo que dentro de diez días, o eso espero.

Ahora viene hacia mí y me observa como si tuviera algo raro en la cara. Me levanta la barbilla, analizándome.

—¿Te pasa algo? Tienes una pinta horrible... —Deja la cazadora en el respaldo del taburete.

—Gracias, tú tampoco estás mal... —contesto con mi habitual sarcasmo—. Nada, simplemente estoy de bajón.

—En serio, no habrás vuelto a discutir con mi futuro cuñado, ¿no?

—Joder, Nico, deberías dejar la agencia de viajes y dedicarte a la videncia, se te da de lujo. —Hago una mueca, encoge los hombros y se sienta en un taburete alto de la barra americana.

—Cuéntame...

—¡Cotilla!

—Para nada..., y lo sabes.

—Ya..., pero, mira, va a ser que no. Me he dejado el ánimo en el sótano.

—Lo que quieras, pero los dos sabemos que al final me llamarás para desahogarte, así que...

Tiene razón, pero no quiero dársela así, tan gratuitamente. Nos quedamos en silencio. Aprovecha para rebuscar en el armario donde guardo los aperitivos y encuentra una bolsa de Boca Bits que debe de llevar siglos abierta.

—Puedo, ¿verdad? —Seguidamente, la olfatea como un perro sabueso—. No estarán rancios, ¿no? —Me encojo de hombros con indiferencia mientras él se mete uno en la boca y compone una exagerada expresión de asco—. Bueno, es igual, pero cuéntame...

—Lo primero, la buena noticia —digo, aunque la voz casi no me sale de la garganta.

—¡Que ya tienes curro! —Suelta la bolsa y se pone en pie mientras yo afirmo forzando una sonrisa más falsa que la de la *Mona Lisa*.

—Empiezo mañana, un contrato de tres meses en..., ¡atento!, ¡la agencia inmobiliaria Bellini!

—Pero ¡qué chula es mi hermana! —Me abraza con fuerza y me levanta a un palmo del suelo. Luego vuelve a sus Boca Bits y a su taburete—. Una agencia inmobiliaria, ¿eh? Ya sé dónde comprarme piso..., cuando tenga pasta, claro.

Bebe en silencio, hasta que parece acordarse de algo importante.

—Oye, ¿cuándo vuelve mamá?

—Ni idea, Nico, pero le habrás contado lo del golpe del coche, ¿no?

Pone los ojos en blanco, silbando disimuladamente.

—¡Tío, eres un caso! —le reprocho—. Ya me meteré en su Facebook, que seguro que mamá ha colgado más fotos, a ver qué dice..., porque lo que es llamar, no llama, ni se acuerda de que tiene hijos. —Le pillo la lata de cerveza y añado animada—: ¿Sabes qué te digo? ¡Que hace muy bien!

—Si viene dentro de diez días o más, no tiene ni por qué enterarse. El coche saldrá del taller la semana que viene, a mí me quitarán el collarín y aquí no ha pasado nada...

Saca otra lata de cerveza de la nevera y empieza a darle vueltas pensativo, jugando con la anilla. Conozco ese gesto, va a decirme algo que le cuesta soltar. Ahí va...

—Esto... —cambia su tono de voz—, he hablado con nuestro padre... —Levanta la mirada y yo pongo los ojos en blanco porque sabe de sobra que no me gusta nada ese tema. Afortunadamente, se apresura a continuar y es breve —: Sólo informarte de que tuve una videoconferencia y..., bueno, ya está mejor.

—Vale, pues ya puedo dormir tranquila —respondo corante y con ironía.

Lo de mi padre es un asunto aparte. Yo no lo he perdonado, no puedo. Es mi opción, y mi hermano la respeta. Hubo un tiempo en que ni podía pensar en ello, ahora ya lo tengo superado después de tantos años. No obstante, aprendí que una cosa es olvidar y otra perdonar. Y lo que le hizo a Leire, mi madre, no se lo perdono. Tuvo que sacarnos adelante, ella sola, cuando él nos abandonó por una venezolana quince años más joven que él que conoció en un chat de internet. Patético, ¿verdad?

Mi madre lo pasó de pena cuando el cabrón de su marido, o sea, mi padre, se largó a Venezuela, pero sacó fuerzas no sé de dónde, como una madre coraje, como una superviviente. Por eso la admiro, yo no sé si habría sido capaz. Bueno, el caso es que lo que vino después no sé si fue por sobreponerse o por desquitarse. Nosotros la apoyamos, tratamos de arroparla, y, con dos ovarios, luchó por salvar la casa, la familia y a sí misma.

Sí, es posible que todo ello me haya marcado de una forma definitiva y que por eso me cueste confiar plenamente en alguien. Al fin y al cabo, la decepción es una sensación de la que nunca acabas de recuperarte, sobre todo si no lo esperabas. Supongo que, cuanto más próxima estás sentimentalmente de una persona que te falla, más difícil se hace superar la decepción.

Ahora, mi madre se ha largado unos días con su tercer marido a Cancún para celebrar su cincuenta cumpleaños. Después de todo, se lo merece. Nunca la he juzgado por

ello, ni lo haré. Todo lo contrario, está en su derecho de rehacer su vida las veces que lo necesite. Está aún más guapa, más inteligente y cada día más valiente, así que hace muy bien en disfrutar de la vida.

Desde la cocina, oigo que suena el timbre de llamada de mi teléfono móvil y salgo disparada hacia la habitación, olvidando mi rencor por Tony y deseando que sea él quien llame. Miro a todos lados y caigo en la cuenta de que hace un rato lo he lanzado sobre la cama. Me tiro en plancha para cogerlo antes de que se corte la llamada.

Mi hermano me oye decir un taco seguido de otro más fuerte segundos antes de que regrese a la cocina.

—Eran los de la compañía, ya le he dicho al teleoperador que se vaya un rato a tomar por saco.

—Malhablada... —me reprende riéndose

—Y tú no me vayas de finolis, que no está el horno para bollos, Nico.

—¡Eh! Que los maricones *semos* muy finos —responde metiéndose otro Boca Bit en la boca.

Sé que trata de hacerme reír.

—¡Nico, odio que te llames a ti mismo maricón, es ofensivo y suena fatal!

Él se parte de risa.

—Vaaaale, los «gais» —dice poniendo los ojos en blanco y haciendo comillas con los dedos. Sonríe y ataca de nuevo—: Pero que sepas que los más finos ¡*semos* los «gais maricones»!

Le tiro una servilleta a la cara y no puedo evitar partirme de risa con él. Siempre le digo que odio que bromea tanto con su sexualidad, y lo hace para chincharme, como cuando éramos críos. Le encanta hacerme rabiar.

—Y ahora que ya te tengo en el bote..., venía a pedirte mil euros... para condones y tal... Bueno, cosas de maricones, ya sabes...

Esta vez voy a por él, que no para de reírse a mandíbula batiente.

A pesar de que soy una piltrafilla a su lado, se encoge en el taburete, protegiéndose con los brazos y las rodillas

ante mi ataque.

—¡No, no..., que no he dicho nada..., socorro...! ¡Ay, no, no..., no, May, no, por favor..., eso no, que no soporto las cosquillaaaaaaas!

Me lanzo a sus costillas, con las puntas de los dedos, mientras trato de contener su defensa con la otra mano. Antes de que lo toque, ya se está partiendo el culo con una risa histérica. Sé de sobra que las cosquillas son su perdición, siempre lo han sido.

La batalla apenas dura unos segundos, porque, evidentemente, si no me retiro, acabará dándome un puñetazo o una patada. Pierde el control y se defiende como gato panza arriba todo lo largo que es.

Se estira la camiseta y, resoplando, vuelve a sentarse.

—Bueno, y ahora... ¿vas a contarme lo que te pasa?

Le escribí una carta a Tony con todas esas palabras que te salen de dentro y que mueren en la garganta antes de ser pronunciadas en voz alta. Sí, quizá por cobardía —ya he dicho que soy una cobarde, ¿no?—, o puede que por miedo, lo que viene a ser lo mismo. El caso es que aquel día me armé con un bolígrafo y un papel y me salió todo lo que tenía guardado en las entrañas, aunque no tenía claro todavía si llegaría a entregarle esa carta/confesión.

No me gustaría que Tony me viese así, tan vulnerable, tan expuesta, tan sincera, pero en ese momento necesitaba escribir todo aquello que me ahogaba. Eso fue hace unas semanas. Por supuesto, guardé la carta a buen recaudo, sin tener claro si sería capaz de dársela.

Pero ahora que tengo a mi hermano aquí enfrente, con los codos apoyados sobre la barra americana, esperando una contestación, tengo claro que es el momento de rescatar el sobre y enseñarle esas cuartillas.

Rebusco en el fondo del cajón de mi escritorio; estaba bien escondida, bajo un montón de folletos de viajes que he ido guardando estos tres años.

—Toma —le digo a Nico, y le tiendo el sobre sin más.

Él observa mi gesto grave y no dice nada, sólo levanta las cejas sin poder ocultar su sorpresa al leer «Para Tony».